

Otra Ciencia es posible
Manifiesto por una desaceleración de las ciencias
Isabelle Stengers
Nedeediciones 173 pp.

Presentamos sus ideas en la sucesión de capítulos del libro.

1. Por una inteligencia pública de las ciencias

¿Qué debe entender el público del conocimiento científico?

La respuesta debe asumir los siguientes considerandos:

- La ciencia se presenta en sociedad como la comunidad investigadora capaz de definir los problemas con precisión, pues no confunde hecho con valor y no se deja arrastrar por intereses espurios, y de darles la respuesta correcta que acalla las opiniones irracionales de los no expertos;
- Esta imagen se perpetua en el sistema escolar en todos los niveles educativos, y muy especialmente en los que se encargan de enseñar ciencia.

Esta imagen se enfrenta a dos hechos evidentes: por un lado, las condiciones de validación en laboratorio poco tienen que ver con las validaciones en la realidad. La autora pone como ejemplo los OGM (organismos genéticamente modificados): “Los OGM cultivados a lo largo de miles de hectáreas imponen cuestiones tales como la de las transferencias genéticas y de los insectos resistentes a los pesticidas, que no pueden plantearse, a escala de laboratorio, sin hablar de cuestiones tales como la sumisión de las plantas modificadas al derecho de la patente, la pérdida todavía incrementada de la biodiversidad o el uso masivo de pesticidas y fertilizantes.” (12); por otro, las conexiones entre investigación científica y capital son evidentes, “los lazos orgánicos entre investigación e intereses privados serán cada vez más densos, y los escándalos de conflictos de intereses cada vez más cuantiosos.” (19)

Existe una corriente en internet que aprovecha tales debilidades para cuestionar la investigación científica en general, no solo protagonizada por honestos ignorantes, también científicos cómplices que desarrollan campañas sembrando dudas de modo sistémico para salvaguardar intereses económicos inconfesables, como por ejemplo se ha hecho en el negacionismo del cambio climático.

Por todo ello es menester la creación de una cultura científica de la mano de los *matter of concern*, esto es, de aquellas situaciones reales en las que el conocimiento científico tiene que ser validado en la red global de sus consecuencias, *matter of concerns* en las que científicos y ciudadanos se ven en la obligación de aceptar una abierta interpelación mutua sin reservarse privilegios epistémicos.

2. Tener madera de investigador

¿Tiene sentido hablar de género en ciencia?

Partiendo del trabajo de Elizabeth Potter, la autora denuncia el machismo subyacente a la imagen del científico -acuñada por Boyle- y de su trabajo benefactor de/para la humanidad. En esquema:

Investigador = macho [curioso + desinteresado + benéfico de la humanidad + abnegado + sacrificio + apóstol de la objetividad] → [no a lo opinable (se reserva un principio incuestionable de jerarquía epistémica que se burla de todo saber alternativo)] porque la ciencia atendida a sí

misma comprende los problemas + ofrece la solución correcta + prescinde de las grandes cuestiones metafísicas-epistémicas + imagen promovida por el sistema educativo → sumisión absoluta de la investigación a las fuerzas productivas...

La solución pasa, de nuevo: a) no por formar investigadores responsables que, conscientes de sus compromisos éticos y de sus vínculos con el capital, mantienen la custodia de la jerarquía epistémica; b) si no por crear comunidades-juzgados populares con simetría en su apelación recíproca y concededores de que ninguna respuesta es la solución definitiva.

3. Desacelerar

La autora asume la definición de ciencia como un trabajo colectivo donde el valor de una proposición individual es el de una colaboración en una dinámica de conjunto (72). Se trata de defender una praxis científica de la lentitud para lo cual debemos reconocer entre otras cosas lo siguiente.

En primer lugar debemos afirmar la pluralidad de las ciencias frente a la unicidad de la ciencia, una amalgama que hay que disolver con firmeza. Esto es evidente en la distinción tradicional entre ciencias duras y ciencias blandas. Las segundas se diferencian de las primeras en el hecho fundamental de que abordan realidades para las que sus protagonistas insisten en tener su propia opinión, al mismo tiempo que están disgregadas en escuelas enfrentadas que convierten en sencillamente ridícula la evaluación inter-pares pertenecientes a escuelas diferentes (por ejemplo, la filosofía -usa el ejemplo de Deleuze- y la psicología).

El problema es que la ciencia blanda es incapaz de desarrollar por sí misma una noción de ciencia compartida por el imaginario colectivo¹, reservándose ese derecho para la ciencia dura, y eso a pesar de que son evidentes las limitaciones de las que hace gala, a saber:

- las limitaciones de la validación experimental en laboratorio, pues es probable que la realidad investigada sea traicionada en su simplificación experimental;
- las limitaciones de la evaluación inter pares, pues no son anónimos (nos conocemos todos), la especialidad hace muy difícil buscar pares, dada la cantidad enorme de investigación publicada la evaluación es una molestia que se trata de evitar (lo que se comprueba en el crecimiento significativo de artículos fraudulentos en revistas de máximo prestigio), y los pares nunca cuestionan el territorio compartido que acredita la recíproca competencia;
- la limitación de la evaluación bibliográfica, pues está abierta a los contubernios de camarillas: tu me citas yo te cito, tu me publicas yo te público; y responden a una lógica adaptativa: acomodarse a las exigencias de las publicaciones cercenando la posible creatividad;
- las líneas de investigación están sometidas a los intereses del capital -incluso las financiadas con dinero público, pues deben acreditar una relevancia práctica que será utilizada por el mercado para determinar los proyectos-.

Las ciencias blandas tratan de evitar el problema de la polisemia que preside el objeto que investigan convirtiéndose en investigaciones camerales. Las ciencias camerales son aquellas que producen el conocimiento necesario para orientar decisiones de política pública, de gestión de recursos sociales. Aspiran a reivindicar su objetividad tratando de monopolizar el buen punto de vista pragmático que decide las buenas preguntas y las buenas soluciones, sustrayéndose a las desventajas partidistas de lo que no es más que mera opinión. Muchos trabajos de sociología, incluso crítica, pueden considerarse investigaciones camerales. Un buen ejemplo serían las

¹ “el problema de lo <<blando>> es que está a la defensiva, y como tal es incapaz de crear una manera positivamente divergente de <<hacer ciencia>>, con su dinámica colectiva propia.” (74)

políticas educativas desarrolladas bajo el paraguas de la noción de competencia desarrollada por los psicólogos cognitivistas. En palabras de la autora:

“Así, cuando los cognitivistas definen la noción de competencia como lo que importa realmente, cualesquiera que fuesen las ilusiones de los docentes, y cuando los pedagogos se adueñan de ella para implantarla en el medio escolar, están convencidos de proceder a una modernización de la pedagogía, que debería volverse más eficaz y democrática. La operación no funcionó, es lo menos que se puede decir...” (97)

El fracaso de esta iniciativa no es singular ni excepcional sino que es la consecuencia previsible cuando se trata de imponer al grupo afectado un presunto saber cameral “pasando por alto la cuestión de lo que sostiene a un grupo, de la manera en que hace que cuente su mundo, o en que los seres que pueblan ese mundo cuentan para él.” (97)

Este fracaso demanda pues lo que la autora plantea como desaceleración... “desacelerar es volver a ser capaces de aprender, de hacer conocimiento con algo, de reconocer que nos tiene y nos hace tener, de pensar y de imaginar y, en el mismo proceso, de crear relaciones con otros que no sean de captura; por lo tanto, es crear entre nosotros y con otros el tipo de relación que conviene entre enfermos, que se necesitan unos a otros para reaprender unos con otros, por los otros, gracias a los otros, lo que requiere una vida digna de ser vivida, conocimientos dignos de ser cultivados.” (101)

Dicho de otro modo: en los procedimientos pragmáticos de solución de problemas desde un conocimiento relevante debemos de establecer relaciones simbióticas entre los científicos y los afectados, renunciando a las colonizaciones recíprocas, y aceptando que la totalidad de las partes tiene derecho a postularse como el titular de las buenas preguntas y las soluciones razonables.²

4. Alegato por una ciencia “slow”

La profesora de la universidad de Lovaina Barbara Van Dick fue brutalmente despedida por participa durante un fin de semana fuera de su horario lectivo en una actividad de petición de descontaminación de un campo sembrado con patatas transgénicas. Este despido pone a juicio de la autora en evidencia la sumisión de la investigación científica a los intereses del capital que la financia, y compromete la capacidad de la universidad actual para configurarse en un ámbito donde el pensar sea posible, pues pensar es resistir:

“La señal de las autoridades de la universidad, en consecuencia, implica que ellas se consideran con derecho a controlar el conjunto de las actividades de aquellos que trabajan en la universidad, y no solamente lo que hacen en el marco de su contrato de trabajo, lo que nos lleva a la época de las corporaciones medievales: el miembro de una corporación, por otra parte, no era un ciudadano, no tenía una vida independiente del cuerpo del que era miembro. Como las antiguas corporaciones, la universidad se otorga el derecho de hacer su propia justicia, rápida y brutal; nada de abogados si no la exigencia de la contrición y el repudio. Se pretende decir que ese derecho en el porvenir bien podría ser incorporado al contrato de trabajo de los investigadores, y puede preverse cómo justificará la universidad esa excepción: la producción científica sirve al progreso de la humanidad y, como tal, debe ser protegida.” (110)

² Como es obvio la propuesta de la autora es reinterpretable desde la racionalidad dialógica habermasiana: la comunidad del diálogo de los afectados como contexto de producción de saber debe incluir a los científicos fundamentalmente sociales en el mismo régimen de simetría que preside la relación de todos los afectados. La ciencia se convierte en parte del saber pragmático necesario para la autogestión de las sociedades complejas sin reservar para sí ningún tipo de privilegio epistémico, y sin renunciar al mismo tiempo a ninguna clase de pertinencia.

Esta dependencia de la industria y los intereses del capital no alcanza solamente a las líneas de investigación, y a la praxis investigadora vigente, alcanza también a la definición del objeto de investigación. Es el caso de la química como ciencia rápida, en la que el conocimiento “es relativo a operaciones que suponen los reactivos estandarizados que la industria pone en el mercado (un químico en una isla desierta ahora estaría desprovisto de todo conocimiento pertinente). Por lo tanto es simbióticamente dependiente de la industria que desarrolla los procedimientos propios para producir en masa lo que él mismo aprendió a aislar e identificar o a sintetizar. No hubo una <<ruptura epistemológica>>, sino una desconexión, y los únicos verdaderos interlocutores del nuevo químico académico, los únicos que comprendes su lenguaje, ahora son quienes pertenecen a la nueva red industrial y tienen la misma formación que él.” (121)

Lo que agrava el problema pues la especialización de los profesionales competentes en sus respectivas áreas de conocimiento hace que se configuren mentalidades cerradas, en donde preguntas e investigaciones relevantes son ignoradas porque no se integran en los asuntos, preguntas, protocolos tradicionales de las disciplinas. Así, la ciencia es el asunto de las camarillas correspondientes, donde los surcos epistemológicos rehúyen sistémicamente cualquier contrastación con aportaciones foráneas, extemporáneas, y comprometedoras de la utilidad evidente de las investigaciones en curso: son palos en la rueda. Procedimiento simbiótico con la ciencia al servicio del capital: también se ignora lo que compromete el beneficio.

A lo que hay que sumar el secuestro del conocimiento por la empresa privada y sus exigencias de confidencialidad, y los celos que se institucionalizan contra todo aquel científico que ponga en riesgo, fuera de las lealtades al capital, la próxima gallina de los huevos de oro.

En definitiva: “... es la economía especulativa, con sus burbujas y colisiones, lo que se adueña de lo que fue la investigación científica.” (128)

Frente a todo ello, la ciencia slow, a saber:

1º, llevar a los científicos a reconocer su complicidad con un modo de producción que nos ha llevado a la catastrófica situación ecológica actual. No caben aquí apelaciones a la irresponsabilidad institucional de quienes solo investigan desatendiendo las repercusiones de lo que se investiga y sus aplicaciones mercantiles (cuando al mismo tiempo se defiende como un mantra la asociación a más ciencia más progreso), ni tampoco la confianza en que solo a golpe de más progreso solucionaremos las repercusiones catastróficas del progreso.

2º, llevar a los científicos a desarrollar su capacidad de “consulta”, esto es, de proponerse como participantes de un diálogo democrático en condiciones de simetría con todos los afectados. El terrible problema aquí es que “nada en su formación actual prepara a los investigadores para este tipo de participación, que debería excluir todo juicio superficial, toda connivencia entre aquellos que saben.” (133)

En definitiva, se trata de recuperar el arte de la consulta a la búsqueda de valores emergentes en la simbiosis simétrica de los saberes relevantes. Estamos evidentemente muy lejos:

“... Los colegas que pueblan maestros departamentos de psicología, de psicología, de psicología, de sociología o de pedagogía están todos dispuestos a reírse burlescamente, a considerar imposible lo que hemos de ser aprendido, inclusive a formar animadores capaces de conducir al rebaño de las opiniones hacia un consenso de buena voluntad. En el mejor de los casos, esos colegas no ignoran esos momentos de valores emergentes, por ejemplo, el momento en que, captando la perspectiva de algún otro, se siente la suya transformada, o aquel donde lo que reúne recibe el poder de hacer que efectivamente importe (el encuentro <<funciona>>), o incluso aquel en que se comprende que lo que parecía insignificante puede ser importante. Pero tales momentos no serán materia de conocimiento científico justamente porque son individuales, no sometidos a

generalidades pseudoexplicativas. En el peor de los casos serán remitidos a lo irracional, o rápidamente desmembrados por categorías que develarán la triste y reproducible ilusión. No es en la universidad tal como funciona hoy donde los científicos van aprender los hábitos de apreciación concreta del <<hecho individual>>.”

5. Cosmopolíticas. Civilizar las practicas modernas

Tras apuntarse a una concepción pragmática de la verdad, formulada con claridad reconfortante –“Nombrar es para mí una operación pragmática, cuya verdad radica en sus efectos.” (141)- la autora nos propone Gaia como un concepto orientador de la praxis científica y la orientación política necesaria para evitar la catástrofe vigente. Gaia como una invitación a la civilización de las prácticas modernas. ¿Cómo?

El reconocimiento de que el modelo de ciencia galileana, al concretarse sobre realidades para las que es indiferente la pregunta y la manipulación a que van a ser sometidas, es “una máquina de conquista”, defendida bajo el nombre de Razón, Objetividad y Universalidad, que no puede aplicarse a aquellas ciencias donde las realidades abordadas tienen también su recalcitrante “algo que decir”.

El reconocimiento de que lo que es verdad en las condiciones “artificiosas” del laboratorio puede verse contaminado por la complejidad de la dura realidad que hemos dejado fuera, por lo que su traslación de aquel a esta debe hacerse con todas la cautelas pertinentes, con nuevos informes tejidos en la red comunicativa de todos los afectados.

El reconocimiento de que, a pesar de sus quejas, los científicos nunca fueron inocentes en su vínculo con el capital y el modelo de desarrollo capitalista. Protegieron, además, sus feudos académicos evitando toda interferencia intrusora, olvidando que la civilidad exige la construcción de relaciones inclusivas. Si por racionalidad entendemos aquellas decisiones que tienen en cuenta todas -o cuando menos la previsible a la luz de los saberes disponibles- las consecuencias de nuestras decisiones, y que esto no puede hacerse sin contar con todos los actores afectados, la práctica del aislamiento institucional es un principio de irracionalidad.

El reconocimiento de que para Gaia y desde Gaia precisamos una nueva ecología política que se define por:

- Una activación política de las ciencias en el sentido expuesto de integrar a los afectados por... en las comunidades de diálogo simétrico;
- Su incompatibilidad manifiesta con la lógica del capitalismo, incapaz de generar relaciones que no estén presididas por la voluntad de maximización de la ganancia;
- El cuestionamiento de la formación científica en el espíritu científico, que defiende una cesura entre lo que es ciencia y lo que no lo es, con sus distribuciones consiguientes de competencia y jerarquías resultantes.

Gaia es nuestro único mundo y su gestión requiere del saber “diplomático” capaz de reconciliar la urgencia de los tiempos presentes con el tejido de redes de interpelación simétrica donde los científicos sean uno más de los protagonistas. Es el tejido comunicativo de civilidad, incompatibles con la lógica del capital y su secuestro del prestigio, en régimen monopolístico, del saber científico-tecnológico.³

³ Yo/// Me temo que la autora llega tarde: Gaia ya no cubre el imaginario social porque de lo que se trata es de la conquista del espacio. Es en los planetas venideros, vírgenes para la expoliación del capital, donde el capitalismo tecno-digital del mañana aspira a plantar sus reales arrastrando a la humanidad con ellos.